

Hay otra cuestión que por lo menos en la carrera en la cual doy clases (Cine, Fotografía, Imagen y Sonido) es importante (no sé si en otras profesiones pasa lo mismo, pero supongo que sí). Me refiero a la experiencia profesional de los docentes. Creo que no se está en condiciones de enseñar la base teórica de una asignatura sin dominarla con la experiencia concreta. Y por supuesto que también es de suma importancia dominar esa base teórica. No olvido que en una materia que dicté tiempo atrás los alumnos me comentaron que no tenían experiencia en que los docentes de esa carrera pidieran bibliografía.

Sobre la bibliografía, creo que sería bueno no indicar la únicamente la lectura de algunos capítulos, ya que creo que es mejor la lectura del libro entero.

También ayudaría, por supuesto, que los docentes sean retribuidos de manera acorde con el esfuerzo exigido, ya que no se puede pretender que en la cabeza del profesor no hay una importante parte destinada a las tribulaciones que su cada vez más pequeña retribución le ocasiona.

También se hace necesaria, en las materias que se necesita, la mayor y mejor existencia de equipamiento, de manera que los alumnos puedan hacer la experiencia más continua, cosa de fijar más los conocimientos recibidos.

Finalmente, creo que ha llegado el momento de pensar si no conviene disminuir el nivel de los conocimientos impartidos al principio de una carrera, y eventualmente prolongar la duración de las materias, de manera de mantener el nivel académico deseado. Esto puede significar la prolongación de alguna carrera, pero sería compensada, en líneas generales, por la disminución de los abandonos, deserciones y repeticiones que se producen hoy día.

Cómo sobrevivir a primer año.

Antonio N. Sensini

De la prueba al parcial, de la carpeta número tres a los cuadernos de espiral, del recreo en el patio al café en el bar no sólo median las vacaciones. Para la mayoría de los jóvenes que terminan el secundario e ingresan en la universidad, hay un abismo.

El primer año de la carrera universitaria exige un esfuerzo doble. Los números dejan en evidencia las dificultades que esto implica: se calcula que, en promedio, el 50% de los ingresantes en las universidades argentinas abandonan la carrera antes de completar su primer año en el aula.

Según las cifras oficiales, cada año unos 350.000 jóvenes comienzan sus estudios universitarios en el país, un número que en 2000, representó el 76,7 % de los que ingresaron del nivel medio.

Los recién llegados a las facultades cargan con varios pesos: una formación secundaria que no les ha dejado hábitos de estudio, la necesidad de trabajar mientras cursan la carrera, en muchos casos y una variedad de mitos que causan temor. Por ejemplo, que «en la universidad uno es un número», que los profesores son eminencias que no tolerarán preguntas ni equivocaciones, que no podrán estudiar «tantas páginas» y que, por los próximos años, se acabó todo lo que no sea estudiar.

Sobrevivir es posible, sin embargo. La clave, dicen los que saben, es reconocer, que entrar en la Universidad exige, antes que nada, un cambio de actitud: desde ahora, la responsa-

bilidad individual será el motor, sin que esta autonomía signifique aislamiento. Por el contrario, adquirir un ritmo propio de estudio demanda buscar apoyo en los compañeros –tan asustados como uno mismo–, en los profesores y en las propias universidades.

Mal de muchos

«El principal problema de los jóvenes que empiezan la universidad es de actitud más que de conocimientos. No tienen una idea clara de lo que se espera de ellos. No saben que a partir de este momento tienen que ser más activos en la construcción de su conocimiento, estar dispuestos a poner mucho de sí mismos, hacer su camino y manejar los tiempos». El primer paso para enfrentar los miedos es pensar que la sensación no es original, sino masivamente compartida. «Lo primero es reconocer que tener miedo a encontrarse con algo nuevo y con docentes que se imaginan distantes es universal. Todos lo tuvimos, y muchos lo pasamos».

Existe un arma eficaz para enfrentar los temores: La certeza vocacional. «Cuando uno tiene claro lo que quiere hacer, el proyecto propio, se pueden superar más fácilmente los miedos. Se puede entender que las materias no son obligaciones para ir tachando en la carrera hasta el título, sino partes de la formación profesional necesaria.

Lograr hábitos de estudio es la clave siguiente. «Los jóvenes tienen que pensar que el estudio es un trabajo: ver con qué posibilidades horarias cuentan y organizarse el día y la semana, con todas las otras actividades que realizan, incluidas las recreativas». «El estudio universitario es una actividad autónoma: ya nadie los obliga a hacerlo.»

Trabajo propio

A diferencia del secundario, donde el tiempo en el aula a menudo era suficiente para aprobar, la Universidad exige trabajo personal: «Es imposible no tener actividad fuera del aula. Hay que acompañar la cursada con trabajo propio, y eso les cuesta a muchos al principio». Para el docente, «a medida que avanzan en la carrera, cada vez más serán evaluados sobre conocimientos que tienen que haber adquirido fuera de la clase».

«Lo ideal es plantearse metas cortas, y la primera es la próxima clase. Les recomiendo no ir a una clase sin haber leído el material de la anterior, ir siguiendo la cursada, estar al tanto de los materiales bibliográficos que se piden, reunirse con los compañeros para trabajar y no esperar el examen para sentarse a estudiar».

Memorizar, que lo que solía dar frutos en el secundario, en la facultad queda descartado. Muchos jóvenes saben que hasta ahora estudiaron poco y llegan con la idea de que no van a poder con todo lo que se les va a exigir, que no van a tener tiempo y que se terminó cualquier tiempo de diversión». La otra fantasía extendida es la del anonimato, sobre todo en instituciones masivas. «En la escuela los conocen por nombre, muchos han estado en la misma institución desde el jardín de infantes, y ahora pasan a un mundo con códigos diferentes. A muchos les cuesta incluso entrar en el edificio». Para sobrevivir, lo mejor es asociarse con otros. Por ejemplo, con los docentes, que los nuevos universitarios suelen colocar en un pedestal de sabiduría, en el lugar opuesto en que ubicaban a sus desvalorizados profesores del secundario.

«Hay que pensar que los profesores están al servicio de los estudiantes, para formarlos profesional y personalmente. No hay que tenerles miedo, sino acudir a ellos». Los jóvenes

reconocen esta actitud cuando la ven. Muchos alumnos destacan a los profesores que «explican bien y se acercan a ellos sin perder su autoridad académica».

Existe, además, toda una vida universitaria para integrar y para eso hay que mirar las carteleras, estar al tanto de actividades culturales y deportivas y de los servicios disponibles en la Universidad como orientación vocacional, pasantías laborales y posibilidades de intercambio en el exterior.

El esfuerzo de atravesar primer año y desmitificar muchas de sus supuestas dificultades vale la pena, y no sólo porque conduce, después de algunos años, al título. Fundamentalmente, porque la Universidad es una buena etapa de la vida, el tiempo de dar forma a un proyecto personal, el momento donde «uno ya está en el camino de su propio sueño».

Qué bueno es decir no sé o la importancia de llamarse (de algún modo).

Julietta Sepich

Es a partir de la tarea desarrollada durante el ciclo 2004, tanto en la materia Introducción a la Investigación de la Carrera de Diseño de Imagen y Sonido; como en Discurso Audiovisual I, que comienzo esta reflexión, que supone formar parte de una estructura colectiva que nos permite, de alguna manera, recuperar un análisis pertinente a nuestro rol, a partir de las prácticas docentes.

Me permito en este texto, compartir mi doble condición, durante este período, en tanto docente y alumna dentro de la Facultad.

Ahora que he declarado dicha condición, me interpele acerca de la posible convivencia constante entre estos dos roles, no solo en el plano institucional, sino en nuestra vida cotidiana. En lo que algunos llaman posmodernidad, o sobremodernidad (como si no pudiéramos sino pertenecer a una época apéndice de otra, ya que hasta la nominación nos hace dependientes), existe una idea de nueva jerarquía, dada por una condición de horizontalidad extrema.

Dentro de esta nueva cosmovisión, los roles aparecen intercambiables / dos, ausentes de autoridad y escalafones. El «...no hay ni aplazao, ni escalafón...», que nos legara el visionario Discepolín con una vigencia incontestable, adhiere involuntariamente a este escrito.

El poder otrora vinculado con los saberes científicos, con las verdades absolutas, fue trocado por una verdadera crisis del orden hegemónico en todas las disciplinas.

A ello se suma una ruptura en la idea de representación que resulta replicarse -desde lo micro: la familia, hasta lo macro: el perfil de los nuevos líderes.

Pareciera un paisaje algo desolador, pero intento preguntarme cuál o cuáles son las nuevas prácticas que actualizan los enunciados de este momento, para así poder ubicarme eficazmente en el rol o roles en los que me desempeño.

Es notable señalar que esta dupla docente -alumno, que en un pasado no muy lejano aparecían como antagónico, se han ido movilizandando, extendiendo sus fronteras, acercándose desde las prácticas, pero sobre todo desde los discursos.

Identifico, entonces, una relativización de esos discursos hegemónicos y patrimonio exclusivo de los formadores, que en algunos ámbitos carece de valor positivo, pero que

aplicado a las prácticas pedagógicas puede verificar ciertos resultados relevantes de señalar.

El objetivo de hacer un estado de la cuestión dentro de mi realidad áulica subjetiva, me permite instalar/me dentro de cierto malestar necesario para generar condiciones propicias al cuestionamiento de las prácticas pedagógicas y contenidos específicos.

La idea de vincular la enseñanza-aprendizaje a una trama compleja que se estructura a partir del interés mutuo, el afecto y la búsqueda de la excelencia, es lo que dispongo a abordar desde esta escueta reflexión.

Este nuevo escenario plagado de incertezas permite la duda, motor indiscutible de todo proceso de cambio. Preguntarse acerca del mundo es lo que nos hace concebir la idea de cambiarlo. Los caminos del aprendizaje son sinuosos como todos los trayectos aventurados por el hombre. El caos delinea al orden y en esa relación es que pivoteamos constantemente. En la época del acontecimiento, donde el tiempo se estructura como un eterno presente, es importante recuperar la historia como memoria, como una fuente inagotable de la que puedo beber, reflejarme y verter a su vez todo lo que produzca en ella.

Ser un gran filtro de la experimentación, intervenir en «la realidad» para apropiarme de ella y convertirme en un espectador activo del film donde soy protagonista (a veces, intermitente), pero donde «ser parte», condiciona mi permanencia y compromiso.

El espectador pasivo se entrega al bombardeo de imágenes, sensaciones, datos; sin poder atravesar la experiencia, sin intervenir de modo alguno en la obra.

Me preocupa, en este momento, algo más que «el qué». En el ámbito del aula priorizo «el cómo». Quizás con una cuota de ingenuidad (defendida a rajatabla), es que creo que «forma-contenido» funcionan de modo simbiótico, pero la relevancia de cada una de sus partes van mutando constantemente en las prácticas.

La idea de cumplimentar eficazmente el rol será entonces esa percepción entrenada o instrumentada desde la más absoluta intuición, donde la erudición respecto a lo estrictamente vinculado con los saberes específicos, necesita ingresar en una dialéctica donde el resultado sea superior a una suma de partes, para que encuentre su mejor posición y ligadura.

Tomar la instancia de formación como el lugar de juego, donde se experimenta, se prueba, se arriesga, se interpelean nociones establecidas, es lo que me permite instrumentar el rol dentro del aula.

De ese «juego» y ese «jugador» resultará el perfil del profesional que cada cual diseña para sí. De ese compromiso con los demás jugadores es también que puedo encontrar una idea de pertenencia, de cooperación, de responsabilidad.

La importancia de esta dinámica es la que me interesa destacar hoy a partir de las relaciones (complejas y nutritivas) que diseñan el tablero. : El que cada día alumnos y docentes nos disponemos a transitar.